

## MISCELANEA.

*El Cementerio del Aldea. Elegía de Gray, traducida libremente del inglés.*

Oigo ya el fúnebre tañido de la campana que me avisa de que se acaba el día. Los balantes ganados se encaminan con lentos é inciertos pasos ácia sus establos, y el cansado labrador se dirige á su cabaña dexando el universo todo en espantosas tinieblas, objeto de mis tristes meditaciones.

Vase desvaneciendo de mi vista el brillante aspecto de los prados: por todas partes reyna un triste silencio, que solo interrumpe el confuso zumbido de las alas de los insectos, que vagan lentamente por el ayre; escuchándose en los campos su lúgubre murmullo, que adormece á los ganados de los lejanos rediles.

Tambien se percibe el graznido del espantoso buho, el que desde el chapitel de aquella torre, vestida de yedra, se queja á la luna de que yo haya venido á inquietarle en su tan antigua soledad, y de que profane sus sombríos bosques.

El musco, que el tiempo casi ha reducido á polvo, se eleva en montoncillos baxo los espesos árboles; y aquí baxo los rústicos olmos, y á la sombra de los cipreses, reposan en su estrecha morada los rústicos abuelos de los vecinos de aquesta aldea.

Ni la chirriadora golondrina colgada de



la casita que de grosero barro construyera, ni el agudo y penetrante canto del gallo, ni la rústica consonancia de los caramillos, no serán poderosos á levantarles de aquel espantable lecho: ya no saldrán á respirar la fragancia de la mañana que de sus alas derraman los zefirillos. Ya no gozarán en sus hogares de las trémulas y ardientes llamaradas, ni sus caras esposas les prepararán las rústicas comidas, ni les saldrán al encuentro sus hijuelos pidiéndoles con ansia el beso paternal, ni subirán mas en sus rodillas.

Derribaron con sus hozes las ricas mieses, y abrieron profundos surcos en la dura tierra. ¡Quan gozosos guiaban en la vega los pesados bueyes! ¡Qual abatieron con su fuerte hacha los soberbios robles!

¡Oh ambicion altanera! ¿Por qué desprecias sus fatigas, sus sencillas diversiones, su obscura suerte? ¿Por qué motivo los poderosos se mofarán al oír contar la breve y sencilla historia del hombre pobre?

Un origen ilustre y elevado, el sumo poder, quanto prestan de mejor la riqueza y la hermosura, aguardan igualmente la fatal hora: todos los caminos de la gloria mundana paran en el sepulcro.

No resonarán en las bóvedas del templo sus fúnebres elogios, ni la posteridad levantará pomposos trofeos sobre sus sepulcros; pero guardaos ¡oh poderosos del siglo! de acusar de error á tan virtuosos hombres.

Por ventura las urnas cubiertas de inscrip-



ciones, ó aquellos bustos que el cincel anima, ¿podrán volver á los yertos cadáveres aquel aliento vital que los abandonó? ¿Podrá la voz de la mundana gloria reanimar frias cenizas? ó ¿acaso podrán los encantadores acentos de la lisonja complacer al insensible y helado oído de la muerte?

Tal vez reposan baxo de ese montoncillo de tierra corazones que animó un fuego sublime, manos que dignamente hubieran empuñado el cetro, ó que hubieran dado vida á la lira, y prestado su propio entusiasmo á sus armoniosas cuerdas.

Pero la ciencia no les presentó su magnífico quadro, rico con los trofeos del tiempo; la miseria ahogó en sus corazones un tan noble entusiasmo, y vino como á helar en su origen mismo aquel ingenio elevado que produce las mas grandes ideas.

Así vemos que los abismos del Oceano á donde no pueden penetrar los ojos del hombre producen mil piedras resplandecientes; y que muchas flores se engalanan con los mas bellos colores donde nadie las ve, ó derraman sus balsámicos perfumes enmedio de los desiertos.

Por ventura duerme aquí en el sueño eterno de la tumba el Hampdem del aldea, cuyo ánimo impertérrito se opuso con esfuerzo al opresor de sus vecinos; un Milton que vivió sin escribir nada, y que murió sin gloria alguna; un Cromuel, cuyas manos jamás se mancharon con la sangre de su patria.

No dispuso la suerte que dominaran á los



demas por medio de su eloqüencia ; su humilde estado les privó de los triunfos de la virtud, de los elogios de la fama, del poder de derramar la abundancia en estos deliciosos valles , de alegrar con sus beneficios al pobre desconsolado. Pero al mismo tiempo que sujetó sus virtudes , tambien sujetó sus vicios , pues que no pudieron elevarse al solio por caminos de sangre y horror , ni cerraron á los hombres las puertas de la compasion , ni ahogaron los gemidos y las quejas de la verdad , que lucha indignada con el denso velo con que quisieran ofuscarla , ni apagaron la preciosa llama del pudor , ni su musa profanó el celestial incienso quemandole en las infames aras del luxo y de la vanidad.

Como vivieron distantes de las necias quimeras del insensato vulgo , jamás les descarriaron sus muy limitados deseos ; y con esto dirigieron sus pasos por el fresco valle de su solitaria vida , y siguieron sin ruido alguno su sosegada carrera.

No falta por eso una modesta lápida que liberta á sus huesos de ser profanados, ni versos malamente esculpidos, y compuestos sin artificio , que mueven al caminante á derramar algunas lagrimas. Sus nombres , los años que vivieron allí estampados por el rústico poeta, valen por las elegías ó las heróycas canciones de la fama ; y algunos pasages tomados de los libros sagrados enseñan á los aldeanos á resignarse con la muerte.

Porque ¿quién dió al silencioso olvido sin



quejarse, esta vida tan penosa quanto amada, que al fin será su mas segura presa? ¿Quién dexó la risueña luz del dia, y su calor que todo lo anima, sin echar atrás miradas amorosas y tiernas?

El moribundo, cuya alma parte ya para las eternas moradas, aun parece apoyarse en un tierno y amante corazon; sus ojos que se van eclipsando, imploran lágrimas de compasion; desde lo profundo de los sepulcros se oye la voz de la naturaleza, y se diria que aun quedan entre nuestras cenizas algunas centellas de vida.

Pero tú que atento á la memoria de los que aquí yacen desconocidos, cantas en tus versos su sencilla historia, si acaso algun amante de la soledad acudiese aquí á meditar silenciosamente, y quisiese saber qual fué tu suerte, quien duda que el anciano labrador, el de la cabellera cana, le diria: "Muchas veces le vimos al rayar del alba caminar veloz sacudiendo con sus pisadas el rocío de las flores, trepar por entre los riscos y breñas para levantarse sobre aquella colina á ser el primero que divisase los rayos del sol. ¿Apercibes tú á la punta de aquel valle el coposo fresno, cuyo agoviado ramage, mecido por los vientos, da espaciosa sombra, y cuyas viejas raices se derraman á largo trecho? Pues allí se recordaba descuidado, ácia el medio dia, escuchando el dulce susurro del arroyuelo, y siguiendo con la vista el sosegado paso de sus cristalinas aguas.



„Vagaba á las veces por la floresta , y se  
„sonreía con risa de amargura ; murmuraba en-  
„tre dientes algunas palabras , fantásticas imá-  
„genes de sus sombrías reflexiones ; caía otras  
„en un silencio profundo , estaba pálido , y pa-  
„recía oprimido de dolor qual un infeliz aban-  
„donado de todos , ó desesperado de no tener es-  
„peranza alguna en sus tristes amores.

„Pero ya llegó una mañana en que no le  
„ví ni sobre el monte á donde solia dirigir  
„sus pasos , ni á lo largo del matorral , ni á  
„la sombra de los árboles que tanto queria. Salió  
„otra nueva aurora , y ni tampoco le hallé á  
„la margen del arroyo , ni sobre la colina , ni  
„en el sombrío bosque.

„Pero al tercer dia vimos por la sendita  
„que va á la Iglesia que le llevaban cantando  
„los himnos sagrados , y con todo el lúgubre  
„aparato , á su última morada : ” “ si acaso sabes  
„leer acércate y lee esos versos , que yo apartaré  
„los espinos para que los veas bien . ” *Abrigale en  
tu seno , ó benéfica tierra , porque jamás soli-  
citó ni los favores de la fortuna , ni los vanos  
aplausos de la fama : entróle la melancolía en su  
imperio ; y aunque de humilde cuna , no por eso  
le despreciaron las musas.*

*Colmóle el cielo de sus dones , pues le dió  
una alma cándida y compasiva , y como solo po-  
dia acudir á los desgraciados con sus lágrimas,  
lloró con ellos : deseaba tener un amigo , y lo  
tuvo.*

*No vayas ahora á publicar sus virtudes , ni  
á sacar sus faltas de este terrible asilo , pues sus*



virtudes y sus defectos yacen aquí para siempre en el seno de su padre que es Dios, entre el temor y la esperanza. Celio.

---

ARTEMISA. — CUENTO.

Artemisa fué en peregrinacion al templo de Epidauro, en el que se veía una estatua de mármol de Paros, que representaba á Esculapio. La estatua era obra de Fidias, el qual por orden del Dios que se le habia aparecido puso una serpiente en el pedestal.

Así que Artemisa entró en el templo, pidió á aquel Dios que la volviese el oido, pues era sorda. — Nada de eso, respondió Esculapio, porque para qué podria servirte. Los Dioses al privarte de él te concedieron un entendimiento tan claro, que no necesita del de los demás; posees el tesoro completo de las ideas, siendo así que tus semejantes como no poseen mas que una parte, se ven obligados á comunicárselas unos á otros. — Artemisa instó aun al Dios para que la permitiese oir la voz de los hombres, qual oía la suya.

Convino en ello Esculapio, pero de mala gana: tocó con sus manos el oido de Artemisa, la qual oyó al instante una armonía celestial. Dióse prisa á dar gracias al Dios; pero ya no veía su estatua, porque al tiempo de recobrar el oido perdió la vista.

¿Será posible, exclamó al instante, que no puedas volverme un sentido sin privarme de



otro? tened lástima de mí, y no me priveis del gusto de veros. — Así lo haré, respondió Esculapio, y soplando ligeramente sobre los párpados de Artemisa, volvió esta á gozar al instante de la luz. Entonces le pareció que veía á la serpiente separarse de la estatua, y aun la sintió subirse por sus piernas, que se quedaron baldadas en tales términos que cayó al pie del altar.

Púsose á reflexionar sobre las resultas de su peregrinacion; es verdad que habia recobrado el oído, pero estuvo á pique de quedarse ciega, y por de contado perdió la facultad de andar. Conoció entonces que no habia ganado nada, y que la hubiera valido mucho mejor no haber entrado en el templo de Epidauro.

Comprendió Esculapio lo que ella pensaba, y la volvió al mismo estado en que se hallaba antes de emprender su peregrinacion, diciéndola: no te obstines en enmendar la naturaleza, porque mi arte nada puede contra ella; sufre con resignacion enfermedades que es peligroso curar, y acuérdate de que Fidias ha colocado al lado del Dios que cura, á la serpiente que hiere.



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID